

Gustavo Eguren

LA HABANA CRECIÓ ASÍ FRENTE AL MAR SOBRE LA ROSA

Al final de cuatro siglos de dominación española, se iniciaba en Cuba un período de luchas emancipadoras que comprendería la Guerra de los Diez Años y la Guerra de Independencia; esta última - en 1898 - dio paso a la ingerencia de los EU en el conflicto y a la subsiguiente ocupación de la Isla por sus tropas.

Cuatro años duró la llamada intervención. A su término, el gobierno norteamericano estuvo en condiciones de proclamar - en 1902 - la independencia de la República de Cuba, que - de puro independiente - se apresuró a insertar dentro de su Constitución, la Enmienda Platt - apéndice a una ley del Congreso de Washington, por la cual se enajenaba una parte del territorio cubano - hoy Base de Guantánamo - la par que EU se abrogaba el derecho de intervenir militarmente en la Isla por razones de su propia conveniencia.

Para no dejar dudas de que el país quedaba reducido a la condición de semicolonía, muy pronto - y en dos ocasiones - el gobierno norteamericano haría uso de tales prerrogativas. Por lo demás, desde su estreno mismo como República, Cuba había suscrito un cuerpo de tratados y convenios que la hacía económicamente una dependencia de su vecino norteño. Baste un solo ejemplo: en 1923 - 20 años después de proclamada la República - el 75 % de la industria básica nacional - el azúcar - ya había pasado a sus manos.

Esa actitud de entrega y sumisión, por parte de los gobernantes cubanos, le asestaba un golpe mortal al ideario independentista que se inició, a principios del siglo anterior, con el presbítero Félix Varela, y culminaría en José Martí. Enrique José Varona le expresó con amargura: "Soñé que vivía en una república, y me he despertado en la colonia". Nunca bajo la esclavitud y el yugo colonial, la frustración había alcanzado nivel tan alto ni forma tan aguda.

Es ella - la frustración - el tema dominante - tal vez el único - de la narrativa cubana de la primera mitad de este siglo. ¿Que la novela en sí no es compendio de la verdad? Nada más cierto. Sin embargo, pienso - con Anatole France - que "la historia narrativa es inexacta por esencia; pero, todavía es, junto con la poesía, la imagen más fiel que el hombre haya trazado de sí mismo". A esa luz intentemos ver la imagen que se ha proyectado del hombre y su vida en La Habana.

Juan Criollo, de Carlos Loveira, es la novela más representativa del sentimiento general de frustración que nace al desvanecerse el espíritu nacional que había impulsado al pueblo cubano en su lucha emancipadora. Tal sentimiento - in creciendo - es la técnica de la mayoría de los escritores de la época y, estableciendo una gradación, se ha dicho que Jesús Castellanos ejemplariza el descontento ante la República, Miguel de Carrión, el excepticismo más ácido, y Carlos Loveira encarna, con pleno derecho, el cinismo. La suma de estos factores vinieron a configurar algo así como un complejo de castración en nuestra narrativa de comienzo de siglo.

Nadie expresó, con la fuerza de Loveira, el drama republicano. Juan Cabrera - personaje central de la novela - está entre los cubanos que, al estallar la guerra del 95, tomaron el camino del exilio. Más tarde - convertido en "Juan Criollo", el periodista y político de éxito - cuando, al igual que el Lázaro de Tormes, haya alcanzado la plena madurez de su cinismo picaresco, analizará las circunstancias de su exilio para dictaminar que - por instinto o por pura casualidad - con aquel paso había quedado inscrito dentro de los hombres cautos que, evitando los riesgos de la manigua, "supieron conservarse para ministros, senadores o presidentes de la república". La historia de este Juan - simple y muy de la época - es la de un hombre común que participa - como toda La Habana - del entusiasmo de inaugurar la tan ansiada República, libre y soberana; pero, ignorando que lo que realmente inauguraba era un inexorable proceso de descomposición - también en lo personal - que lo haría llegar al convencimiento de que "únicamente con dinero se es libre de verdad en este país". En ese momento preciso - en que asume el cinismo de vivir "como todos aquí" - es que se opera en él la metamorfosis que lo convierte en Juan Criollo, pseudónimo periodístico que le abre las puertas del éxito.

En realidad, el Juan Criollo comienza a gastarse en el momento de poner un pie en La Habana y tratar de encontrar trabajo. ¿Dónde buscarle sino en la administración pública? Sin embargo, a su solicitud se le responde con otra pregunta inesperada: "¿Sabe inglés?". De un vistazo comprueba que los únicos aspirantes con suerte son los recomendados por generales y coroneles.

Entre lo mucho que tiene que lamentar es el no estar emparentado con la aristocracia de la ex-colonia.

En pocas palabras - pero con imágenes elocuentes - se ofrece el patético espectro político-social de La Habana en ese momento. Arrancado todo vestigio de autoridad a los dirigentes de la guerra libertadora, el gobierno interventor de los EU ha entrado en alianza con quienes durante la colonia fueron enemigos acérrimos de la independencia. La colonia subsiste - fuerte como antes - bajo la República. Pero la visión del novelista va más lejos. Loveira pone de relieve los nuevos peligros que avizora. Es el primero en captar el inicio de un proceso de penetración cultural que - décadas después, ya a mitad del siglo - nos hará correr el riesgo de una total hibridización. Por el momento, aquel "¿Sabe usted inglés?" adquiere categoría de símbolo. La moneda que circula - y hasta el timbre postal - es de los EU; nuestras instituciones son copias de las suyas; en las escuelas es su historia, y no la nuestra, la que se imparte. ¿Dónde está, entonces el país de los cubanos? ¿El ideario republicano, qué se ha hecho? ¿A qué vino, pues, tanta guerra?

La República genera - cuando menos - desaliento y excecpticismo. Si existía un convencimiento era el de haber entrado en un callejón sin salida. Contra ella, contra los vende-patrias, arremete Loveira. Sin embargo, ¿qué lo detiene a la hora de descorrer el velo que oculta el verdadero trasfondo de la crisis moral que se está viviendo? Lo que toda La Habana sabe, Loveira lo silencia. Culpa a generales y doctores cubanos, hace de su novela un evidente "mea culpa" pero no señala con el dedo al verdadero culpable que todos conocen. ¿Por qué?

No hay la menor duda de que Juan Criollo es una hipóstasis de Loveira, del mismo modo que los amigos de Juan, los que aconsejan que "abra los ojos" y se meta en la política, constituyen su "alter ego" múltiple. ¿Y quién es este Loveira que muestra su desnudez en público y, sin embargo, recata la de otros? Carlos Loveira es el único de los escritores de principios de siglo que tiene una extracción humilde; este trabajador ferroviario, afiliado al anarcosindicalismo, trazó en su propia vida una parábola idéntica a la de Juan Criollo: al final, se vio coronado por el éxito, devino delegado estatal en asociaciones internacionales y ante la propia Liga de las Naciones. Como es lógico, también era miembro prominente de la Pan American Federation of Labor. Era, pues, un hombre representativo del momento histórico. En resumen: igual que él escribió *Juan Criollo*, Juan Criollo pudo haber escrito la novela *Carlos Loveira*.

Quizás la tragedia de Loveira fue que nunca pudo renunciar a la utopía, aunque, para vivir, necesitara olvidarse de ella. No pudo o no quiso mencionar al culpable. Pero la obra de los hombres va más allá que ellos mismos. El, como Balzac, puso en la picota a aquellos con quienes hubiera querido

compartir su suerte. A propósito, vendrían aquí las palabras de Wlodzimierz Maciag:

¿El hombre débil debe ser objeto de condena? ¿Tenemos derecho a exigirle lo que rebasa sus posibilidades? La debilidad no es ni un error ni un pecado. Es, sencillamente, un rasgo humano.

No culpemos, pues, a Loveira.

Siempre fiel a su pesimismo republicano, Miguel de Carrión, en *Las Impuras* - novela que tiene por eje central la prostitución - enjuicia los principales componentes de la sociedad habanera y su entrelazada relación con el submundo urbano. Son muchas las razones que hacen de este asunto uno de los principales a tratar tocante a La Habana de principios de siglo.

La novela apunta hacia la ruina de los campos ocasionada por la guerra y el éxodo campesino que en pocos años duplicó la población de la capital. "Un mendigo en La Habana vive mejor que un campesino arruinado", parecía ser la divisa guía. No obstante, los hombres de la ciudad estaban también condenados a la inercia y el desempleo; y esta ruina económica conducía a la ruina moral, pues las condiciones materiales, lejos de obstaculizar, propiciaban a la mujer el aseguramiento de una sórdida pero remunerada ocupación. El novelista arremete contra esta lacra. Sin embargo, lejos estaba Carrión - tan médico y tan freudiano - de comprender que - en los tiempos que corrían - el milenarismo comenzaba a darle paso a la industria de la mujer que, dentro de muy poco, haría del populoso y céntrico barrio de Colón un enorme lupanar, un próspero negocio del que las propias autoridades - civiles y militares - sacarían cuantiosos beneficios.

Cabría preguntar: ¿Cómo el barrio de Colón, asiento de la aristocracia criolla desde finales de siglo, en pocos años se convertía en sede del placer tarifado? Para responder la pregunta habría que formular otra: ¿Cómo podía vivir una ciudad que de pronto había visto duplicar su población? Podemos avanzar el hecho de que este fue el momento de su hipertrofia y también el de su distorsión.

Por suerte sobrevino "la danza de los millones", es decir, la danza macabra de la Primera Guerra Mundial y, con ella, el alza vertiginosa del precio del azúcar. En consecuencia, La Habana creció. Los representantes de la sacrocracia - ahora millonarios - constituyeron la vanguardia de un éxodo magnífico hacia el oeste de la ciudad, siguiendo la línea del litoral. Tras ellos fue también el resto de la clase adinerada que dieron en arriendo sus viejas mansiones, incluidas las del barrio de Colón. Atrás quedaba el casco histórico con su hacinamiento y su sequedad castellana. El nuevo ideal de vida - más acorde con sus fortunas y con la tendencia generalizada en la América de

romper con el patrón de la ciudad colonial - era "la ciudad jardín", más apartada, más íntima, más encerrada en sí misma, en fin, una ciudad a salvo de toda contaminación social. El milagro, pues, se produjo y - como un vislumbre de lo que luego será Miramar y el Country Club - surgió ese barrio de palacetes, engalanado de flores y verdor, calles y avenidas arboladas, pero, sobre todo, con un nombre que le venía como anillo al dedo: Vedado.

Junto con la Gran Guerra, termina esa "danza de los millones" que el pueblo llamó "las vacas gordas", e inevitablemente se hicieron presentes "las flacas", es decir, la hambruna provocada por el desplome del mercado azucarero. Eso, desde luego, no detuvo el auge del Vedado y otros barrios elegantes; pero sí propició el florecimiento de una cohorte de barriadas marginales. Al propio tiempo, el sector antiguo de la ciudad fragmentaba sus residencias que, ahora, en lugar de una familia acomodada, albergaban decenas de familias de trabajadores ocasionales y buscavidas. En consecuencia - por ese camino de las ciudadelas - una porción importante de nuestras reliquias arquitectónicas terminarían, más tarde, en ruinas, o sufrirían un terrible deterioro en manos de sus nuevos inquilinos, gente desesperada que solo atinaba a sobrevivir.

Por estos años - estamos ya en 1925 - entra en escena el general Machado. Julio Antonio Mella - joven revolucionario incluido por Alejo Carpentier como personaje, en su *Recurso del Método*, bajo el genérico sobrenombre de El Estudiante - llamó al general Machado: "Mussolini tropical", en tanto que el poeta Rubén Martínez Villena le había gritado en sus narices: "¡Asno con garras!". Pues bien, este típico dictador latinoamericano quiso hacer de La Habana el "París del trópico", la "Nizza de América", a través de un proyecto urbanístico que, a la vez que transformara la obsoleta imagen colonial, hiciera de la ciudad un homenaje a su persona. Este aspecto megalómano de la personalidad del dictador lo desarrolló Carpentier en el *Recurso del Método*; pero, confirmando su concepción de lo real maravilloso, no tuvo que acudir al vuelo imaginativo sino a la realidad más inmediata y ramplona. En ayuda de Machado acudió un arquitecto de nombradía: J. C. N. Forestier. Y para esos momentos Le Corbusier había concebido su "Villa Radiante", como modelo de metrópoli contemporánea, pero, el dictador perseguía un sueño muy particular de grandeza, y no necesitaba que ningún arquitecto - por hipermoderno que fuera - viniera a soñar, en su nombre, cómo habría de ser la imagen con que la posteridad le venerara. Él tuvo el privilegio que se le negó al Sha Jahan o a Luis XIV. Nada de visiones peregrinas, nada de indecifrables planos arquitectónicos. La vida moderna - con su pragmatismo - había puesto en sus manos una hermosa tarjeta postal que, a todo color, compendia su sueño faraónico: construir un Capitolio Nacional que reprodujera

- mármol a mármol y bronce a bronce - el de la foto coloreada: el mismo que resplandecía en Washington, a orillas del Potomac.

Se ha dicho que los sueños se pagan; pero, es justo consignar que en más de una ocasión, las pagan quienes no los soñaron. Mientras Machado desataba una terrible represión, Forestier se afanaba en buscar, para La Habana, un perfil que encerrara los signos de la modernidad; cuando la famosa "Porra" se convertía en símbolo de tortura y asesinato, el bueno de Forestier hacía resaltar, dentro de su proyecto, la presencia del mar y la bahía, dándole cuerpo a nuestro formidable Malecón. En tanto se agudizaba la miseria, crecía el esplendor urbanístico de la capital.

Visto el fenómeno en la distancia - como hoy se pudieran ver, por ejemplo, las pirámides de Egipto - ¿no son las grandes obras arquitectónicas hitos del tránsito humano? Ciertamente que sí. Pero, no es menos cierto, que el desapasionamiento de observar los hechos desde una perspectiva distante, se torna cinismo cuando esa distancia impide percibir la presencia del hombre. Desde su encierro en el castillo de El Príncipe - donde se recluía a los presos políticos - Alejo Carpentier no alcanzaba a ver las obras del capitolio, pero le sobraba tiempo en su celda para meditar en el afán monumentalista de los tiranos. ¿No había levantado Henry Christopher, el esclavo convertido en rey, un fastuoso castillo en la cumbre de una montaña, al costo de decenas de miles de vidas? Sobre ambos escribiría más tarde. Pero, si en la construcción del Sans-Souci haitiano Carpentier recurre al tono dramático y a los matices sombríos, para la reproducción criolla del Capitolio norteamericano usa todos los recursos del método humorístico - desde la sutil, y apenas rozante ironía, hasta el sarcasmo más desgarrador. De Christopher, muestra su locura sangrienta; al Machado; que torpemente intentara forzar las puertas de la gloria, lo cubre, de pies a cabeza de un ridículo tan espeso que impide ver sus uñas ensangrentadas. Nadie podrá advertir en ese destino adjudicado el menor signo de benevolencia por parte del escritor.

Novelas de la época, entre ellas *La generación asesinada*, de Leví Marrero, tratan sobre el derrumbe de la dictadura machadista. Más de un personaje novelesco atestigua que la fuga de Machado revistió un carácter sádico poco usual: al propalar por anticipado la noticia de su huida, el tirano tuvo ocasión de propiciar una masacre entre los miles de incautos que se lanzaron a las calles en son de festejo. O dan cuenta - participando a veces en la acción - de cómo los esbirros serían más tarde muertos en el sitio de su captura, y de los incendios y saqueos que proliferan durante días en toda la ciudad. Bernard Shaw, de tránsito por La Habana, con su habitual mordacidad pregunta a los periodistas que lo cercan: "¿Ya se produjo la revolución de esta semana?". No por urticante dejaba de ser sombría la ocurrencia, porque, en efecto, el gobierno revolucionario que sustituyó a Machado duró más de una

semana, pero, apenas pasó de los tres meses. Su carácter nacionalista - expresado en la nacionalización de alguna empresa norteamericana, o al asegurar a los cubanos la prioridad en el trabajo - ¡fíjese bien: en 1933! - provocó una rápida reacción por parte de EU. Al resguardo de los cañones de un acorazado surto en la bahía, el golpe de estado, fraguado por la embajada de ese país, instaló en el poder a un sargento llamado Batista.

El movimiento intelectual fue desde entonces tenazmente perseguido; la prensa, amordazada. Imperaba el toque de queda, y sobre todo, fue el reinado del palmacristi: cualquier comentario político, el más ligero desliz venía a significar la ingestión obligada de más de un litro de aceite de ricino. Ni ópera ni teatro: el verdadero éxito de público estaba en cárceles y presidios. Por este tiempo se produce un desplazamiento del interés de los narradores hacia la vida rural. En el fondo se trata de un intento por rescatar la esencia de lo nacional. Del enfrentamiento del bracero con el central norteamericano se desprende lo que toda La Habana sabe: que el cubano es un paria en su tierra. Verdad que la literatura adquiere un marcado acento social; pero, la ciudad se pierde como objeto literario, precisamente cuando mayores eran sus potencialidades novelables. Es que el habanero comenzaba a lastrarse con "la vergüenza de ser cubano". Junto a esta vergüenza limpia, había otra que - sin tanta limpieza - proclamaba sin recato un desaliento permeado de neocolonialismo: "¡Esto no lo arreglan ni los americanos!".

La Segunda Gran Guerra produjo una pausa en la constante dictatorial. Al parecer, alguien en EU pensó que no se podía combatir el fascismo en nombre del fascismo. Así pues, Batista abandonó el país; hubo elecciones, y el nuevo gobierno resultó tan corrupto como el anterior. Si en siete años la esposa del dictador había llegado a ser una de las tres mujeres más ricas del mundo; en cuestión de meses, un oscuro ministro de educación se embolsilló más de 250 millones de dólares; otro, ministro de hacienda - no tan oscuro, sino más bien iluminado por la brillante idea - dejó de incinerar 200 millones de pesos deteriorados y, en cinco minutos, los puso en el banco a su nombre. Un bien día desapareció el famoso diamante del Capitolio y al siguiente, lo encontraron en la mesa de trabajo del Presidente. Es la época en que Cuba se reafirma como primer país productor de millonarios en el mundo. ¿Qué mejor novela que leer los periódicos de la época? No obstante su ramplonería, esa época quedó reflejada en el campo de la literatura. Raúl Aparicio la hizo objeto de su irónica y penetrante cuentística. "Oficios de pecar", por ejemplo, gira en torno a ese mundo violento de políticos y matones a sueldo, de sus apetitos vulgares que en nada los distingue, de sus modelos primitivos de vida y su torpe sentido de lo que para ellos representa el poder político.

Por ese camino, La Habana llegó a ser una ciudad surrealista. Todo era posible en ella. Es más, todo era demasiado frecuente. Como el Chicago de

La Ley Seca, tuvimos también nuestra época del gangsterismo. Si muchos de los hombres del 33 eran ahora prominentes políticos venales, otros habían constituido grupos armados para luchar contra la corrupción, pero, en realidad, lucraban con la violencia. De esto trata *La trampa*, amarga novela de Enrique Serpa.

Sobre ese fondo de vileza pública, el concepto de cubanía se relajaba y cedía terreno al pensamiento de "lo nacional sucio", una especie de síndrome de disolución que le abría las puertas al viejo ideal anexionista, abonado por la intensa penetración cultural ejercida por medios masivos de comunicación y por el trasplante de usos y costumbres que revelaban un modo de vida sobreimpuesto. En especial, el idioma se resentía de un barraje de anglicismos tenido como de buen gusto y exhibido como signo de distinción. Nunca había sido tan visible el peligro de hibridización, ni nunca nos habíamos separado tanto del camino autóctono.

Desde luego, ya Carpentier no era huésped del castillo de El Príncipe. Pero, para todos allí se hacía evidente la presencia de aquel hombre - en verdad, excesivamente gordo - que, jadeante por el asma, trepaba a diario la empinada cuesta del castillo rumbo a la biblioteca del penal. Unos años más atrás, ese hombre había participado del entusiasmo revolucionario. A su lado, había visto caer - acribillado a balazos - a uno de sus héroes. Ahora, ya en la madurez, apabullado por tanta negación de lo real invisible, ha emprendido una peregrinación a las fuentes, un largo viaje hacia los orígenes, hasta las raíces de la esencia perdurable. Esos orígenes los busca en la frontera más distante del Siglo de Oro español, en las culturas más antiguas y sabias, tanto como en el impulso de los rústicos poetas que por primera vez cantaron al mamey y a la piña en nuestra tierra. Los orígenes están en la tierra nuestra y en las que sin ser nuestras, lo son. Del Norte - como Martí - quiere los frutos capaces de acoplarse a lo natural cubano y fundirse en él. Solo esos. Pero, viendo a la cubanía acosada desde afuera y desde adentro, el Gordo Lezama - hoy para todos, José Lezama Lima - sufría el destierro interior en la biblioteca de una cárcel. No obstante, desde aquel silencio, se obstinaba en separar el grano de la paja; y nunca dudó de que el verdadero grano germinal estaba en la integridad de lo nacional cubano.

Lo que vino después, es bien sabido. Con el recrudecimiento de la Guerra Fría, un nuevo golpe de estado signó el retorno de Batista al poder. Ninguna etapa de nuestra vida ha sido tan ampliamente representada en la literatura como estos años de vesania y brutalidad que, en el plano literario, volvieron a situar a La Habana como objeto central de la creación novelística. *Cómo matar al lobo*, de Julio Travieso, es uno de los tantos exponentes de la lucha clandestina en la ciudad, en este caso; centrada en la acción concertada por una célula estudiantil de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio, en-

caminada a ejecutar - mediante un atentado - al jefe de la policía de La Habana.

El reflejo de la lucha clandestina en nuestra narrativa, tuvo en común con la creación literaria anterior, el definir lo problemático de la sociedad y, al propio tiempo, el dar una respuesta global a los problemas reconocidos. En uno y otro caso, tal respuesta se expresaba en una indudable voluntad de cambio. Aún aquellas obras, en apariencia desentendidas - y pongo por ejemplo *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante - que ofrecen una visión divertida de la vida nocturna habanera en los momentos en que reinaba el terror - aún ellas, no dejan de cohonestar el hecho revolucionario y sus consecuencias transformadoras.

Dentro del contexto que analizamos, el triunfo de la Revolución significó, en primer término, el rescate de la soberanía nacional. Ese rescate - que también lo era del pasado - ese viaje a la semilla para enmendar la torcedura de aquella mala germinación de 1902, vino a representar, fundamentalmente, la cancelación de un modo supeditado de vivir. La Habana - con la alegría de un Lázaro resurrecto - abrió sus puertas a esa reconquista. Quien no se detenga a analizar la significación que tuvo el rescate de nuestro perfil nacional, no podrá entender cómo - de la noche a la mañana - se desvaneció tal vez para siempre el sentimiento de frustración que nos oprimía, ni podrá entender tampoco muchísimas otras cosas.

Con el triunfo de la Revolución aparece, por primera vez en nuestra literatura, la propuesta de un nuevo proyecto de vida; un proyecto que va más allá de la genérica voluntad de cambio, y que propone - tal vez siguiendo a Rimbaud - aquello de "cambiar la vida". La propuesta inicial corresponde a Edmundo Desnôes, con su novela *Memorias del Subdesarrollo*, donde, un personaje agónico - en el sentido unamuniano - se enfrenta a una transformación social que reclama de sí una transformación del ser en el plano de la conciencia ética. Esta tendencia se hará predominante en los primeros lustros a partir de 1959, a la par que se mantiene aquella otra que intenta definir lo socialmente problemático, poniendo el acento en la crítica social y de las costumbres. Ambas son las líneas representativas de la literatura cubana de estos momentos.

Para finalizar, quisiera referirme a La Habana actual, pero como hecho físico. Con la construcción del tunel de la bahía, Batista contribuyó notablemente a la transformación de la ciudad, posibilitando su actual expansión hacia el este. Pero, en otro sentido, el dictador fue el clásico elefante en una cristalería: para fabricar una supuesta terminal de helicópteros, hizo demoler el Convento de Santo Domingo - sede de nuestra primer universidad, en 1728 - y una verdadera joya de la arquitectura colonial; rompió - tal vez para siempre - la armonía de la Plaza Vieja, otra reliquia arquitectónica, inmortalizada

por los grabados de Garnerey, al construir lo que le debió haber parecido un hermoso "parking" soterrado; como si fuera poco, embelleció las venerables piedras de El Morro con una indeleble pintura Super Ken-Tone; y, entre otros desatinos, hizo construir, en el corazón de la Vieja Habana una parodia de fortaleza colonial que allí deberá permanecer, por los siglos de los siglos, en homenaje a la estulticia humana.

A pesar de eso, no hace mucho la UNESCO declaró patrimonio de la humanidad el casco histórico de la Habana Vieja, con lo cual, desde entonces, ella les pertenece a ustedes tanto como a nosotros. El esfuerzo que se hace para restaurarla, es enorme y, desde luego, va más allá de las posibilidades del país. No obstante, se trabaja; y los resultados son evidentes. Con la ayuda de organismos internacionales y países solidarios, debemos pagar la desidia de otros tiempos y otros hombres. Pero vale la pena. Les aseguro que, más que sorprender, es cosa de maravilla el pasar por una calle, desde hace algún tiempo no transitada, y allí donde la memoria guardaba la borrosa imagen de una ruina, topamos con el esplendor de la mansión que antes había sido. Algo así debieron sentir los viejos buscadores de oro, cuando sorpresivamente les aparecía entre los dedos una pepita. Es algo fascinante, con mucho de primavera. Tal vez ustedes hayan sentido en sus ciudades esta sensación de recuperar un pedazo noble de la historia. En tal caso, los comentarios huelgan. De no ser así, les diría como Luigi Bartolini: "No quisiera que a usted le robaran su bicicleta; pero sí que tuviera la alegría de recuperarla sin haber sufrido la pesadilla de haberla perdido antes".